



Centro de
Investigaciones
en Política y
Economía
Internacional

Análisis CIPEI N°5
11/2020

Estados Unidos: elecciones y más allá

Por
Anabella Busso



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES
UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



Universidad
Nacional
de Rosario

El **Centro de Investigaciones en Política y Economía Internacional** (CIPEI) tiene como finalidad desarrollar y promover investigaciones sobre temas de economía y política internacional contemporánea con foco en el siglo XXI. Forma parte del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Trabaja en torno a cuatro áreas temáticas: Economía Internacional, Política Internacional y enfoques de Política Exterior, Seguridad Internacional, Metodología.

Análisis CIPEI es una publicación quincenal del Centro. Consiste en artículos cortos escritos por miembros del Centro e invitados sobre temas de actualidad y relevantes para la Política y la Economía Internacional.

Equipo editorial

Marina Zalazar (Investigadora)

Nicolás Alesso (Investigador)

Juan Cruz Alegre (Auxiliar de Investigación)

Agustina Vienna Acosta (Auxiliar de Investigación)

María Florencia Marina (Auxiliar de Investigación)

Inés Gullo (Auxiliar de Investigación)

Estados Unidos: elecciones y más allá

Anabella Busso¹

Las elecciones en Estados Unidos han ocupado la atención mundial no sólo por el impacto que estas pueden tener sobre la política exterior de Washington y sus consecuencias globales, sino por el proceso interno en el cual se concretaron y los desafíos que la crisis doméstica representa para su liderazgo.

Mucho se ha escrito en estos días sobre el conjunto de tensiones que condujeron a una crisis sistémica que se manifiesta en la política, la economía y la sociedad estadounidense como consecuencia de una historia de segregación racial y cuatro décadas de políticas neoliberales implementadas por republicanos y demócratas de manera creciente. Seguramente debamos continuar analizando esas tensiones en tanto ahí se inicia el camino de la crisis hegemónica que no sólo se explica por el empoderamiento de China, sino también y muy especialmente, por los problemas domésticos. Sin embargo, dicho análisis supera el espacio de estas notas y por ello nos concentramos en la situación actual y en los retos inmediatos.

Ante la pregunta ¿qué condicionantes domésticos limitan el liderazgo de Estados Unidos? lo primero a tener en cuenta es que la influencia de un conjunto de situaciones nacionales (actores, intereses, temas de agenda, disputas inter-agencias, valores, tradiciones culturales, perspectivas religiosas, entre otros) sobre la política exterior es una característica de larga data y, por ello, se describe a esta política pública por su perfil interméstico. Sin embargo, dos particularidades tipifican la situación actual: una de ellas tiene que ver con la intensidad del fenómeno y la otra es que la creciente condicionalidad doméstica se produce en un contexto de deterioro del poder estadounidense a nivel global.

Los problemas pre-pandemia

La segregación racial con sus rasgos estructurales y culturales y los problemas de clase surgidos a la sombra de las alteraciones profundas en la distribución del ingreso como fruto de las sucesivas alianzas entre gobiernos neoconservadores (Reagan-Bush hijo) y progresistas (Clinton-Obama) con el *establishment* financiero de *Wall Street* aumentaron la concentración de la riqueza y, además, generaron un profundo alejamiento de la clase política con respecto al ciudadano

¹ Lic. en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Rosario, Diploma de Posgrado en Ciencias Sociales de FLACSO y Magíster en Ciencias Sociales de la misma institución. Investigadora Independiente de CONICET e Investigadora Categoría I del sistema de Docentes-Investigadores. Profesora Titular en las cátedras de Política Internacional y Política Internacional Latinoamericana. Docente de posgrado en la UNR, Universidad Nacional de La Plata; Universidad Nacional de Córdoba; Universidad Católica de Santa Fe y Universidad de La República, Uruguay. Directora del Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR. Miembro de CERIR (Centro de Estudios en Relaciones Internacionales de Rosario). Directora del CIPEI (Centro de investigación en Política y Economía Internacional).

de a pie que condujo a una crisis de representatividad política. En 2016 dicha crisis se canalizó en un electorado que buscó en las elecciones primarias candidatos *anti-establishment*. Por entonces, Sanders representó a quienes entendían, desde una mirada progresista, que él era el candidato ideal y, por otra parte, Trump, desde la derecha, apareció como un *outsider* de la política que podía liderar la lucha contra el *establishment* tradicional que no sólo le ganó a 14 candidatos republicanos, sino que devino presidente derrotando a Hillary Clinton.

En este marco, la conducta de los partidos políticos mostró incapacidad y resistencia para encarar un proceso de autocorrección desde la política y la institucionalidad partidocrática. Así, la dinámica de cambio quedó en manos de los movimientos sociales que ya venían siendo muy activos. Los republicanos continuaron aceptando un proceso de derechización que, en términos políticos, se fortaleció desde los años ochenta vía la incorporación de demandas y cargos de representación en distintas estructuras del Estado de la Nueva Derecha, la Mayoría Moral, el *Tea Party*, los "neocons". Durante la gestión de Trump esta tendencia se potenció consolidando un núcleo duro de apoyo que recogió las expresiones sociales de supremacistas blancos y defensores del uso de armas a los que se sumaron negacionistas, terraplanistas, libertarios, entre otros. Por su parte, los demócratas, apostaron al *statu quo* para que primero los Clinton y luego los Obama no perdieran el dominio del partido. La idea del centrismo político y la manutención de la alianza con el sector financiero en el marco de una propuesta de globalización neoliberal fueron la nota distintiva que, además, impulsó el rechazo al avance del sector progresista representado por Warren (en una versión moderada) y Sanders (en una versión más radical de progresismo). A pesar de esa resistencia en el proceso electoral de 2020 los demócratas acusaron recibo -aunque deberían haberlo hecho con más claridad-, de las demandas de movimientos sociales como *Black Lives Matter* (que lucha por el fin de la segregación y la violencia policial), de las problemáticas de "clase" que ya habían sido planteadas por *Occupy Wall Street* desde la crisis de 2008, y de la popularidad del ala progresista del partido que interactúa fluidamente con distintos movimientos sociales, grupos migrantes y los ciudadanos comunes que viven en las grandes urbes y que, en las primarias, alcanzó un apoyo partidario de entre 30% y 35%. Además, este sector del partido incluye a las figuras jóvenes, especialmente mujeres, que se abrieron camino hacia el Congreso con una modalidad de campaña basada en una recaudación de fondos alejada de las grandes corporaciones. Su tarea dio frutos a pesar del rechazo del partido y la calificación de peligro comunista por parte de los republicanos y, quizás, de varios demócratas.

El 2020 y la exacerbación de la crisis

La violencia como mecanismo de acción política, la gestión de la pandemia, la crisis económica y la profundización de la polarización política son los signos más destacados del escenario de crisis durante 2020.

Las tensiones domésticas bajo la gestión de Trump han dado lugar a un activismo significativo de la ciudadanía estadounidense que se manifestó de manera pacífica pero, también, de forma violenta. En el primer grupo encontramos las manifestaciones contra la segregación racial lideradas por *Black*

Lives Matter que se intensificaron a partir del asesinato de George Floyd a manos de la policía, pero que fueron acompañadas por parte de la comunidad blanca. En ocasiones, estas grandes marchas organizadas en múltiples ciudades de Estados Unidos se entremezclaron con saqueos y escenarios violentos que el presidente Trump atribuye a Antifa, a quien declaró como un grupo terrorista habilitando la idea de enemigo interno. Sin embargo, la violencia como instrumento de acción política está mucho más arraigada en los grupos de extrema derecha que integran el núcleo duro de apoyo a Trump. *Three Percenters, Oath Keepers, Proud Boys, Boogaloos Bois o Patriot Prayer*, son algunos de los más conocidos. Más allá de ciertas diferencias estos comparten la hostilidad contra las autoridades y por ello coinciden con los libertarios en las posturas contrarias al uso de barbijos y prácticas de distanciamiento social en el escenario de pandemia; defienden el derecho a portar armas y, por ello, tienen equipamiento inclusive de alto calibre que utilizan en sus manifestaciones; y confrontan las ideas de izquierda. Muchos defienden la supremacía blanca y tienen vínculos con movimientos neonazis; otros planean una revolución nacional o una guerra racial. De acuerdo a los especialistas estos grupos se interconectan entre sí y con sus seguidores a través de mensajes encriptados en redes sociales. Por otra parte, desde una mirada gubernamental, el presidente Trump con su propuesta de "ley y orden" no sólo pretendió movilizar la guardia nacional para enfrentar disturbios en distintas ciudades, sino que pensó utilizar a las Fuerzas Armadas invocando la ley de insurrección de 1807 para detener los disturbios y las movilizaciones de los ciudadanos estadounidenses.

Asimismo, la gestión de la pandemia es otro dato central de la situación de crisis actual. Trump desoyó los informes y advertencias de propios y ajenos; apostó inicialmente a negar la capacidad de daño del virus; lo describió como un "virus chino"; privilegió la continuidad de la actividad económica rechazando el aislamiento y el uso de barbijos; fomentó actos de campaña masivos; estableció una disputa permanente con los gobernadores demócratas en torno a los insumos médicos; promocionó medicamentos no aprobados para tratar el coronavirus; anunció sus críticas y el retiro de Estados Unidos de la OMS y renunció a generar bienes públicos globales. El resultado es que Estados Unidos tiene más de 11 millones de infectados y 245.000 muertos hasta el momento (15/11/20). Las tendencias de los especialistas señalan que si no se toman medidas antes de la trasmisión del mando presidencial la situación empeorará en el contexto del invierno boreal. Esta cifra ya duplica la cantidad de soldados estadounidenses muertos en las guerras posteriores a la Segunda Guerra Mundial: 36.574 en la Guerra de Corea; 58.220 en Vietnam; 383 en la Guerra del Golfo; 4490 en la Guerra de Irak (si sumamos hasta su final en 2011) o 4580 (si se incluye la lucha contra ISIS) y 2400 en Afganistán desde 2001 hasta 2019. La comparación muestra a las claras lo significativo del número de vidas perdidas como consecuencia de la pandemia y, como afirmó el *New York Times* "*They were not simple names on a list. They were us*" (U.S Deaths near incalculable loss. May 24, 2020, p.1).

Por otra parte el país afronta, al igual que otras naciones, una crisis económica como consecuencia de la pandemia. El PBI cayó 5% el primer trimestre del año y se estima que la contracción de la economía para el conjunto del año será del 8%. La tasa de desempleo se constituyó en un dato central en tanto Trump

había logrado para finales de 2019 e inicios de 2020 que la misma fuese sólo de 3.5% (la mejor desde 1969), pero para abril ascendió a 14.7% (mayor cifra registrada desde la Gran Depresión) y, desde agosto, se ha estabilizado entre 8,4 y 9%, mientras que las peticiones de subsidio por desempleo en junio superaron el 1.25 millones y luego, las cifras fueron variando semanalmente entre 870 y 750 mil aproximadamente. Estos subsidios no comprenden a unos 16 a 18 millones de empleados independientes y contratistas, que no pueden acceder al seguro por desempleo convencional, y que entre marzo y finales de julio recibieron cheques de 600 dólares por semana bajo un programa temporal. Finalmente, la división de la sociedad con una lógica de grieta es quizás el dato más difícil de superar en el corto y mediano plazo. Esta realidad que muestra una pérdida de la tolerancia hacia quien piensa distinto se plasmó en las consignas y expresiones durante la contienda electoral y en los resultados de las elecciones donde Trump cosechó más de 73 millones de votos (casi 10 millones más que en 2016 cuando alcanzó la cifra exacta de 62. 984.828) y Biden logró el apoyo de 78 millones de estadounidenses (superando ampliamente los votos de Obama y Hillary Clinton en las últimas elecciones). A su vez, la reticencia de Trump a reconocer el triunfo de su oponente y la continuidad de las movilizaciones con posterioridad a la elección muestran un escenario donde las aguas no se han calmado.

En el cielo no sólo hay nubes negras, también aparecen rayos de sol

Si bien el sistema electoral en Estados Unidos dista del aura de perfección que, por mucho tiempo, se le asignó en ese país y la calidad de su democracia ya no brilla, también es verdad que existen datos alentadores. El más significativo es la cantidad de estadounidenses que decidieron emitir su voto impulsados por la percepción que el país transita, en términos políticos, un punto de inflexión. El porcentaje de votantes alcanzado (en un país donde el voto no es obligatorio, las elecciones se realizan un día martes, donde la administración Trump cerró múltiples centros de votación y muchas máquinas de votación presentaron problemas de funcionamiento ya desde las elecciones primarias) es el más alto en los últimos 100 años. Además, en el marco de la pandemia, siguiendo las instrucciones de los candidatos, la población utilizó distintas alternativas (votos por correo, voto anticipado, voto presencial el día de la elección).

Otro dato positivo es que, lentamente, se van rompiendo algunos techos de cristal para las mujeres en la política estadounidense. En 2021 el 25% de las bancas del congreso estarán ocupadas por mujeres. Más de 132 congresistas, casi una decena de ellas latinas, integrarán la próxima legislatura alcanzando el mayor componente femenino de la historia hasta el presente. Esta tendencia se refleja en ambos partidos. Según el Centro para las Mujeres Estadounidenses y la Política (CAPW) de las 132 congresistas hasta ahora electas, 100 son demócratas y 32 republicanas. Sin embargo, las republicanas han puesto una marca en las elecciones de 2020 con la victoria de 13 de sus candidatas nuevas (las que no defendían una banca ya conquistada). La marca anterior fue de 9 candidatas en 2010. Otro hito de esta elección es la llegada de Kamala Harris a la Vicepresidencia del país. Es la primera vez que una mujer ocupa este cargo y, quizás, como ella misma declaró, no será la última vez que esto acontezca.

Los grandes desafíos

Biden ganó las elecciones por una diferencia significativa tanto en cantidad de electores como en el voto popular, pero no hubo una ola azul y eso se refleja en la composición del Congreso. Además, la resistencia de Trump a reconocer dicho triunfo altera el proceso de transición del poder mientras que las acusaciones de fraude erosionan la credibilidad y la legitimidad de la figura de Biden entre los trumpistas fanáticos, incrementando la polarización.

Si bien hasta que no se cierre la segunda vuelta para las elecciones de senadores en Georgia en enero de 2021 no sabremos la composición definitiva de esa Cámara, es muy probable que los republicanos se queden con la mayoría. Por otra parte, si bien en la cámara de representantes los demócratas mantuvieron la mayoría, los republicanos incrementaron sus bancas.

En este contexto, el titular de la mayoría republicana en el Senado, Mitch McConnell, será quizás el gran constructor de un muro republicano/conservador en esa Cámara. De esa manera puede paralizar el nombramiento de parte de los miembros del Ejecutivo que sean propuestos por Biden y que necesiten de la aprobación del Senado. El objetivo central de esta actitud es bloquear nombres y políticas propuestas por el sector progresista -identificados como socialistas y comunistas- del partido demócrata y, consecuentemente, incrementar las diferencias al interior de dicho partido que, de por sí, enfrenta una convivencia que debe ser construida y cuidada.

Los resultados alcanzados por Sanders -socialismo democrático- en las elecciones primarias del partido demócrata mostraron un apoyo importante a la agenda que propuso. Por esa razón Biden incluyó en las comisiones de trabajo para la unidad del Partido Demócrata a representantes designados por Sanders (3 por Sanders y 5 por Biden para respetar las tendencias partidarias). De esta manera, varias de las ideas del sector progresistas fueron incorporadas con mayor o menor intensidad en la plataforma demócrata. Cuidar la unidad del partido será un gran reto.

Por otra parte, la fragmentación social continuará. Por lo tanto Biden enfrentará una tarea titánica para la recomposición que, será posible, en la medida que se consiga consolidar la convivencia dentro del partido demócrata y se logren algunos espacios de acuerdo con los republicanos. Ambos, son grandes desafíos. En temas de política doméstica la administración demócrata debería poner atención en dos sectores. Por una parte, en quienes lo apuntalaron para su triunfo: los afroamericanos, quienes lo votaron en el medio oeste, los sectores latinos que apoyaron a los demócratas, los sectores urbanos, etc. Por la otra, también deberá pensar en una estrategia de recomposición e inclusión de ese 48% que votó por Trump y que tiene un conjunto de demandas en el orden de los valores y lo cultural de perfil más conservador. La diversidad de intereses hace difícil la búsqueda de un mensaje inclusivo, pero generar políticas públicas exitosas que permitan atender la pandemia, la crisis económica, la segregación racial, en un contexto de profunda polarización es una quimera, al menos que se logre comprender las demandas políticas provenientes de distintos sectores.

La conformación de la agenda de trabajo tendrá que aprovechar aquellos temas que mostraron cruces interesantes como resultados del proceso electoral. En estados donde ganó Trump, como Florida, también resultó ganadora la propuesta de aumento del salario mínimo a 15 dólares lo que habilita discutir

esta cuestión con algunos sectores demócratas que proponen dicho aumento. Además, la situación de pandemia puede contextualizar con más claridad la necesidad de ampliar la cobertura de los seguros de salud limitando la oposición de los republicanos en el Congreso. Tener en claro que los afroamericanos continuarán con sus demandas y que será muy complejo solicitarles que las apacigüen en función de calmar a los votantes blancos que abrazaron a Trump y a la supremacía blanca, también será necesario comenzar a pensar las alternativas de reforma policial y judicial.

En una interrelación entre el campo nacional e internacional uno de los desafíos de Biden es que su experiencia como Vicepresidente de Obama basada en la defensa de una globalización neoliberal no es reeditable. Como sostuvimos más arriba ese modelo fue una de las causas que explican la reacción, tanto por derecha como por izquierda, contra el *establishment* político y su alianza con el sector financiero. En ese marco la herencia de Trump ligada a posturas anti-acuerdos de libre comercio y a favor del proteccionismo podrán ser moderadas, pero no descartadas de plano. Asimismo, la labor del Estado en la recomposición sanitaria y económica del país será necesaria, lo que implicará reacomodar una estructura burocrática estatal que ha sido erosionada por Trump y convencer de su conveniencia a amplios sectores, tantos republicanos como demócratas, que siguen la idiosincrasia de emprendedorismo sin interferencia del Estado como una parte central de la identidad estadounidense. Finalmente, si Biden cumple con sus anuncios sobre recuperar estrategias de negociación y la defensa del multilateralismo y logra aplacar a la derecha extrema fomentada por Trump dentro y fuera de los Estados Unidos podrá, al menos, colaborar con la generación de un escenario más calmo, en un mundo convulsionado.



Redes

TWITTER

@cipei_unr

INSTAGRAM

@cipei_unr

FACEBOOK

Centro de Investigaciones en
Política y Economía Internacional

Mail

cipei@fcpolit.unr.edu.ar



FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO



Universidad
Nacional
de Rosario